

Historia de una canción

A la memoria de Gonzalo Pinto Hernández.

A la indecisa y agónica luz de candilejas sombrías, dos inditos quechuas, ataviados a la manera de los de Imbabura, o más exacto como los de Ontavalo, sobre el río Esmeraldas que los separa de Pichincha y de la tacita colonial de Quito, bailaban una música añorante y derrotada de flautas sortilegiantes del Ande, caramillos o pifanos de la vieja cultura helénica, rimado el son equinoccial por un atambor con piel de "llama". Era en el escenario de nuestro gran Teatro, y allá por la década del cuarenta. El "balesito", isócrono y aparejado para varón y hembra, tal si fueran una sola masa el esposo y la vieja. De la mezcla de lejanía y silencio, saltaba pronto la letra del "albazo", que así se llama, en la parla de la línea ecuatorial, la canción de alborada interminablemente triste.

Eran dos "roscas" pequeños y entumecidos de andar siempre enyuntados; tocada la cabeza del hombre con su "sombro" haldudo, como para sestar; y arrastrando ella los bordes de su "anaco" pardo. Sombrero y falda del color de las "llamas" cumbreras, tan avisoradas siempre, con aquel pescuezo de canuto fino, patas frágiles y mirada hospitalaria.

Y cuando cantaban, voces en terceras, cuartas y quintas, fatalistas siempre, iban dejando una modulación como de las sierras, pero sin decir en "quichua", como en el "Alpa Mama" de Jácome: "Taiticu su mercé...", o "Quita pis chocitas" o "Calpay, Calpay"... Desleían, en la embriagante y sospechosa nocturnidad de la sala acogojada, la primera cuarteta de una música y un verso que yacía, adoloridamente, en el pocito hueco de los dos "roscas cantores":

"De terciopelo negro,
[guambrita,
Tengo cortinas,
Para enlutar mi pecho,
[negrita,
Si tú me olvidas.

Clamante la letra, se mecía como un run-run en la estrofa de una música longuitudinalmente desolada. No sé si a los que oían, a teatro lleno, el largo mensaje de la canción les taladraba el sentimiento. Lo que recuerdo son sus primeras tres palabras: "De terciopelo negro", que las guardara en el apollado cofre de "cosas", más imprescindibles cuanto más inútiles. Y con ellas, el mustio son de gimiente balleza.

La Compañía de Estampas Hispanoamericanas y Españolas, del "nebuloso" coreógrafo argentino, Joaquín Pérez Fernández, estaba ya al partir. Quedaban dos días, cuando nos propusimos grabar la canción con la ayuda del batallador Gonzalo Pinto Hernández. Se hizo cita para la siguiente noche. Acudirían la orquesta y los artistas intérpretes de la minúscula obra de arte. Avisaron que el hombre estaba enfermo. Se suspendió la grabación y partió para El Salvador la farándula. Eso era aquel embrujado conjunto de suramericanos que había llenado noche a noche las policromas estampas de tizne, carmín y percal.

Vidalitas, sambas, chuecas, albazos, el jipio gitano, la zarabanda flamenca, los paillos y el bandoneón, el pasillo colombiano, y cuanto forma ese rico folclor de un país de países, sesteado a la sombra del Ande, bañado en los anchos y mansos ríos, levantando la polvareda por las pampas calcinadas o desliziándose por el resbaladero del tigre, desde las orillas del Titicaca, techo del mundo, hasta las hoyas amazónicas de lujuriosa natura. Con música y coloreté, las estampas tenían un fascinante y barato jolgorio. Pero ninguno de los cuadros era triste con la dignidad de "Terciopelo negro".

Gonzalo Pinto habló con San Salvador. Estaba interesado en



José
Martín
Cañas

la canción para "Alma Tica". Dos días después vino la noticia última. El intérprete había muerto. (Apendicitis con peritonitis, inatajable para los médicos de la época). Enterrado el "supuesto" "quechua" cantor, el "albazo" durmió en el olvido el sueño de los justos.

La "historia de la canción" no tiene fin aquí. Faranduleando por los barrancos del mundo, recorrió México, América del Norte, dio el salto del Atlántico y desembarcó en el Havre. De ahí, a París. La Compañía gustó, pero "De Terciopelo Negro" (así la anunciaba el programa, aunque su verdadero nombre, puesto por su autor el ecuatoriano Jorge Araujo Chiriboga, muerto hace dos años era, "Si tú me olvidas") electrizó a París, la capital del mundo artístico. Fue como un rayo. El público se volcaba en los teatros bulevardieros a la búsqueda de la melodía incaica. Las compañías disqueras, sin escrúpulos, lanzaron edición tras edición de la canción-cilla suramericana. Aparecían, bien pronto, discos con letras en francés. En algunos casos, la traducción era tan libre, que resultaba nueva, conservando el sortilegio del dulzón y quejumbroso tema. El título en español desapareció, y se asomaron nuevos nombres, como "C'Etait pour mourir", de (?) Jean Pierre Moulin; o "De Velours noir", de (?) Hugue Aufray. El escándalo comienza a incubarse cuando el "palmario plagio es incluso reportado por el diario parisiense "France Soir". Pronto se le agrega algo más notorio: la película "Morir de Amor", (exhibida ya en Costa Rica) tiene como banda sonora la célebre canción-cilla tras de la cual habíamos nosotros corrido contra la muerte. Camille Bernard, que preside el alto tribunal de París, acepta una acción judicial iniciada por la viuda del compositor, Carlota Jaramillo, cantante folclórica de temas suramericanos. Pronto aparece un disco de "long-play" del sello "Talentí-Rivera", con el "Velours Noir", (De terciopelo negro) bajo el nombre general de: "Sortileges de la flüte des Andes". La embajada ecuatoriana interviene y respalda a la señora Jaramillo. París, centro de Europa, se conmueve con el plagio de una canción-cilla inca, cuyo embrujo llenó el ámbito rococó de nuestro máximo palacio escénico. ¡Celebridad mundial cobra la humilde y sollozante melodía de caramillos y tamboriles!

No es éste, decimos de nuevo, el final de la "Historia de una canción". De regreso de un viaje, a bordo del "Verdi", se presentó una brillante oportunidad: una joven pareja de e-

cuatorianos era compañera de mesa. Nunca supe por qué les hablé de la canción. Como mostrara sumo interés, tomaron el nombre de ella, (erróneo, pues no se llamaba "Terciopelo negro", sino "Si tú me olvidas") mi apartado y nombre. Esperé dos años. Nunca tuve noticias. Conocí a un buen amigo ecuatoriano, el doctor Carrión, que también se hundió en el mutismo. Hice contacto con el embajador y hasta intervino su secretaria. Igual resultado. La empresa tomó el carácter de imposible. Ya había desaparecido, no solamente el que la cantara en nuestro Teatro, sino también, mi viejo amigo Gonzalo Pinto, y con él, su estación "Alma Tica". La búsqueda tornose una empresa inútil, áspera y confusa. La abandoné.

Terminaba el ciclo de conferencias de "Pío Baroja", cuando un matrimonio ecuatoriano visitó la sala donde el ciclo se verificaba. El doctor José Emilio Muñoz y su señora, se mostraban encantados de nuestra capital. Correspondí hablando de mis amigos ecuatorianos, tan gentiles y señores. Y se me atravesó en la mente el "Terciopelo negro", como un recuerdo colateral del lindo país, de su arquitectura colonial, de sus razas autóctonas tristes y derrotadas y de su expresión artística musical, quizás la más bella de América. Me ofreció mandarme la canción. Lo oí con desgana, como quien sabe que aquello es un sueño ya olvidado o un deseo que se hizo polvo con el viento de los años.

Ayer recibí noticia del doctor Muñoz: no solamente anuncia el número del certificado que contiene el disco, sino que remite hojas de revistas literarias, en las que se narra la azarosa historia de la canción-cilla mustia, andariega por escenarios y candilejas del París actual. Es, hasta ahora, que se de la vida truculenta del "bello recuerdo" absorbido por la vorágine del mundo moderno.

Unos puntos suspensivos rodean el misterio del certificado N. 2063, que salió de la casa 609, en la calle Santiago, de Quito, República del Ecuador, allá por los finales de octubre del año de gracia del 72.

¿Llegará a las manos esmerantes el dulce envió? Y si llega, ¿no es ya muy tarde?

¿Tornaré a oír, en una reproductora ajena, prestada o al acaso, la musicuilla que estremeció el sentimiento hace 30 años y volvió locos y plagiaríos a los parisienses? ¿De qué sirve ya la pequeña canción de los "quechuas", "roscas y entumecidos", si no la van a oír ni mi amigo, ni el cantor, ni las ondas de la desaparecida "Alma Tica"? Hay algo fantasmal en esta mini-obrita de arte que vuelve del pasado, desvencijada y añeja como está ahora la rosa más linda del barrio.

—Dios quiera que el disco no llegue roto— me ha solado al oído el pesimismo, amigo inseparable de los "quechuas cantores".

Si el destino protege el envió, será a como un resucitado. Mis dedos lo tocarán y mis ojos lo reconocerán y lo oíré quejumbroso y doliente.

Y todo será como un funeral. La incineración del cadáver de días antiguos y mejores.